

CANO, Virginia (2015) *Ética tortillera. Ensayos en torno al éthos y la lengua de las amantes*, Madreselva, Buenos Aires, 128 pp.

Malena Oneglia*

El prólogo de valeria flores –sí, así toda con minúsculas ella misma se escribe– nos anuncia lo que vamos a encontrar en las líneas que Virginia Cano nos convida: una pluma ligera profundamente política, una pluma lesbiana que desafía, desde la militancia académica, la escritura heteronormal.

En estos “procesos de lesbianización del saber”, como va a decirnos flores, la autora configura un *corpus lesbiano* que busca desnaturalizar los saberes contruidos desde la matriz heterosexual característica de la academia; al mismo tiempo que, a través de los modos de enunciación en plural, la configuración de una torti-lengua o lengua tortillera hace posible la aparición de las subjetividades disidentes negadas, desafiantes del límite de aquello que la heteronorma establece como la verdad del sexo.

Este libro reúne una serie de escritos presentados en diferentes espacios de intercambio, en los que entran en diálogo diferentes actores y actrices al tiempo que se tejen y tensan preguntas y ensayos sobre la posibilidad de elaborar un modo de enunciación lesbiano.

En “*Encrucijadas teórico-lesbo-gráficas*”, Virginia Cano reflexiona sobre “el rol ético y políticamente estratégico de posicionarse como *mujer-lesbiana-feminista en el espacio académico*” (23), espacio signado por el pensamiento

* Tesista Lic. en Antropología - CEIM-UNR. Contacto: maleoneglia@hotmail.com

dual, reproductor de cuerpos y subjetividades tendientes a encarnar un *éthos* particular ya establecido; espacio que establece modos de actuar y tránsitos regulados, definidos y que –al mismo tiempo y debido a su lógica sistémica– intenta expulsar aquellos cuerpos que, en otras instancias, produce y reproduce.

Es en la necesidad de nombrarse, de decirse, de pensar las prácticas de sí donde lo personal se reconoce como político y el territorio de la academia –pensado por fuera de toda asepsia– se constituye como el terreno fértil para la militancia: “¿acaso la academia es un espacio extranjero para la militancia? ¿Hablan lenguas distintas? Y más aún, ¿es posible una militancia académica?” (31), (se) pregunta Cano.

La preocupación versa en torno a los mecanismos de elaboración de estrategias de agenciamiento que posibiliten construir una política académica desde la disidencia sexual, que cuestione e intervenga el espacio de producción de saber-poder (re)productor de las lógicas duales, heteronormativas y misóginas que nos dejan en el terreno de lo no-dicho tanto a las mujeres como a las identidades disidentes.

Situarnos como sujetos de reflexión teórica, como sujetos productores de conocimiento, sujetos pensantes que revolucionen desde adentro de las aulas los modos de decir(nos); posicionarnos como los sujetos de la enunciación; enunciación que articule la experiencia colectiva en un “*nosotras*” plural, contingente, estratégico y en disputa permanente con el *éthos* estanco ya establecido.

“¿Cómo *no* hablar de nuestras sexualidades? ¿De nuestra (im)propia sexualidad?” (43) son las preguntas que atraviesan la primera parte del apartado “*Tortear la producción del saber (académico)*” en el que la filósofa busca “esbozar una posible, fragmentaria y pornográfica (est)ética tortillera” (44), una narración lésbica focalizada de las prácticas productoras de nuestros *modos de ser*: la amatoria y la escritural.

Devenir discurso para burlar los mecanismos de organización biopolítica que la *Scientia sexualis* desarrolla en pos de normalizar nuestros placeres, cuerpos y deseos a través de la aplicación de la confesión de “la verdad” de sí, dice Cano con Foucault. Esbozar una *ars* erótica, un discurso que no se centre en la verdad del sexo como ley para la sexualidad sino en la verdad del placer mismo, tomado como práctica y recogido de la experiencia. Devenir escritura, devenir un *nosotrxs* desde el que narrarnos y resistir, como propone Paco Vidarte. Escribir nuestras prácticas amatorias para pensar nuestros modos de representarnos, para pensar una ética tortillera.

Pensar las posibilidades de reinención del contrato social a partir de los escritos de Monique Wittig es la propuesta de la segunda parte del capítulo. Esta filósofa lesbiana francesa plantea que la desigualdad entre los hombres no remite a la opresión como resultado de la apropiación ilegítima de la tierra – como va a decir Rousseau– sino al proceso de la apropiación del trabajo de las mujeres por parte de los varones, imponiéndoles la obligación de la reproducción de la especie, sistema opresivo sobre el que se funda económicamente la heterosexualidad.

Es necesario re-escribir el contrato social heterosexual, y así Wittig sostendrá que la existencia lesbiana, por sí misma, se constituye declinante del contrato social, se ubica *más allá* del pacto social puesto que declina la función socialmente asignada como natural.

Cano se pregunta por la estrategia declinante de la categoría “mujer” – como palabra –contrato– de Wittig, y es en este sentido, que, a diferencia de la francesa, la autora reivindica la potencia inventiva de las categorías “mujer(es)” y “lesbiana(s)”, en plural, en tanto “campos abiertos, no sustancializables ni reificables de re-pactación social” (73), en tanto estrategia de desnaturalización, deconstrucción y re-inención de los regímenes prescriptivos.

En “*Ficciones de una teoría lesbiana*”, la autora reflexiona sobre el uso de las palabras y las formas de nombrar(nos) como tecnologías productoras de subjetividad, entendiendo al (su) lesbianismo como un *ethôs*, un modo de ser y habitar la existencia, un modo de posicionarse/nos en el juego de lo (im)posible. Y este lesbianismo habla su propia lengua, su *tortilengua*, esa que reconfigura y redirecciona las fuerzas tecnológicas y (nos) permite narrar(nos), hacernos inteligibles, representar(nos) en lo colectivo.

La propuesta de este último apartado es la de repasar y analizar los *tortilectos*, las taxonomías con las que nos categorizamos y en las que “subyacen códigos, normas, valores e ideales que condicionan y moldean nuestras posibilidades, límites y legibilidades” (87). Taxonomías que también ocultan/visibilizan relaciones de poder, jerarquizaciones y que pueden operar también como vectores de normalización y coerción si nos descuidamos.

Las clasificaciones, en su aspecto positivo, nos permiten asimismo (re)conocernos y reflexionar sobre los modos de construir el *ethós* lesbiano, un modo de ser comunitario y colectivo, afanado en escapar de la heteronorma, del binomio constrictivo que establece una correspondencia directa y lineal entre género-sexo-placer-deseo.

Cano ensaya una cartografía de taxonomías con mucha destreza e inventiva a partir de cuatro ejes dinámicos que se entretajan permanentemente: 1) est/ético; 2) sexo-afectivo; 3) geo-político; y, 4) narrativo; entendiendo al acto de nombrarse como la forma individual y colectiva de reinventarse, como un mecanismo de ampliación de posibilidades y libertades.

Por último, nos presenta una breve reflexión sobre la teoría *queer*, aquellas teorizaciones que constituyen una estela de pensamiento y se presentan como una crítica al pensamiento heterosexual con el objetivo de demoler o, al menos, debilitar el régimen bio-político que organiza nuestros cuerpos y subjetividades.

“¿Cómo romper sin romperse? ¿Cómo franquear los límites fijados para nosotrxs sin arriesgar a rompernos definitivamente? De algún modo, creo que ese es el riesgo de teorizar y de ejercer la crítica. Es, definitivamente, el peligro de toda práctica disidente y contrahegemónica” (113) En este sentido, es que se hace necesario, como práctica de resistencia, recuperar el ejercicio de la crítica como *praxis* y *tarea filosófica*, como el modo de seguir franqueando los límites de la razón heterosexual desde una escritura lesbiana, desde un pensamiento crítico heterodisidente.